



Primeras frases del poema

MIREYA

(Versión de Celestino Barallat)

CANTO una niña de Provenza. En los amores de su juventud, a través de la Crau, hacia la mar, por entre los trigos, yo, humilde discípulo del grande Homero, quiero seguirla... Como fuese una zagala de los campos, su nombre, lejos de Crau, muy poco se ha extendido...

Aunque en su frente no resplandecía sino la juventud, aunque no tenía diadema de oro ni manto de Damasco, quiero que sea glorificada como reina, y que vuestra lengua despreciada la enaltezca y la acaricie, pues canto para vosotros, pastores y cortijeros.

Tú, señor, Dios de mi patria, que naciste en pastoría, inflama mis palabras y dame aliento. Tú lo sabes: entre el verdor, cuando el sol y el rocío han sazonado las higueras, llega el hombre ávido como un lobo y arranca al árbol todos sus frutos.

Pero en el árbol cuyos vástagos desgarras, tú preservas siempre alguna rama a donde el hombre voraz no puede alzar la mano, bello y temprano nuevo virginal y oloroso, renuevo de hermoso fruto maduro por Santa Magdalena donde acude el pájaro del aire a saciar su apetito.

Yo diviso aquella rama y su frescura incita mis deseos; yo veo al soplo de las brisas agitarse en el azul del cielo sus hojas y sus frutos inmortales... ¡Buen Dios, Dios protector, en alas de nuestra lengua provenzal, haz que yo alcance la rama de los pájaros!

FEDERICO MISTRÁL.

PAN

I

A través de malezas por secreto camino
que se pierde en un fondo de robles florecientes,
se desliza el capripede de los ojos ardientes,
de las desnudas ninfas perseguidor divino.

Es dulce oír el suave murmurio campesino
que a mediodía sube de las ignotas fuentes
cuando el sol victorioso de nubes inminentes
lanza en la móvil noche su dardo purpurino.

Una ninfa extraviase y detiénese. Nota
las lágrimas del día que llueven gota a gota
sobre el musgo. Deléitase su joven corazón.

Pero da el Dios astado un brinco vigoroso,
ráptala, el aire hiere con su grito burlón,
desaparece. Y las selvas recobran el reposo.

II

No puede el valle agreste batir la mar Euxina.
Un negro laurel sombra sobre el estanque trama
y la ninfa que ríe colgada de una rama
con tímido pie roza el agua cristalina.

Sumergen sus hermanas al son de la bocina
sus desnudeces púdicas bajo la argénteo lama
y emergen de la espuma que el fresco césped ama,
un muslo, un torso, alguna garganta alabastrina.

Reina un divino júbilo del bosque en la penumbra.
El mirar de dos ojos malévolos alumbrá
la verde fronda súbito. ¡El sátiro! . . . Despuebla
las apacibles aguas su impúdico registro.
Así, si el cuervo ciérnese del río entre la niebla,
dispérsanse asustados los cisnes de Caystro.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.

Página de
EL FANTASMA BLANCO

... En una serena tarde de amaranto, recostado en el árbol que sombrea las ruinas del palacio de doña Beatriz de la Cueva, en Ciudad Vieja, evocé los días sonoros de la Conquista, y toda la terrible epopeya lejana, y la brillante figura del siniestro y bello Tonatiuh, ebrio de oro y de sangre.

¡Qué de sombras heroicas ó prestigiosas, impregnadas de la soñadora poesía de las edades pretéritas, encendidas con el cárdeno fulgor de las catástrofes, en la trágica apoteosis del amor y de la muerte, surgieron en mi cerebro, en medio de los imponentes escombros sagrados!

Aglomerábanse las remotas remembranzas en mi fantasía, en increíble desorden cronológico, saltando épocas y confundiendo los nombres y los acontecimientos. Escenas de la Colonia y anteriores á la Colonia, actos de nuestros próceres y episodios de la segunda mitad del siglo XIX, páginas del *Popol-Vuh* y de la *Reseña* de Milla, revolvíanse en mi cabeza en esas horas de meditaciones y evocaciones.

... Oía, a lo lejos, el triste són de las *chirimías* y *atabales*; y recordé la pomposa procesión del 22 de noviembre en el Paseo de Santa Cecilia, formada por linajudos personajes y flamantes cuerpos militares. Veía los gallardos penachos y los paramentos de oro de los corceles montados por los gentiles dragones provinciales.: y el gráfico espectáculo de las corridas de toros, en que las bellas damas lucían sus mantillas blancas y sus claveles rojos.

... Lamentaba que la hija de la princesa Luisa, la encantadora doña Leonor—en cuya sangre mezclábase la osadía del hispano con la fuerte gracia del indio—no tuviera el intenso encanto de fábula con que aparece en la novela de Salomé Jil; y que en vez de llorar eternamente al hermoso y arrogante don Pedro de Portocarrero, se casara, como cualquiera rica hembra o humilde mozueta del suburbio, con el enteco don Francisco de la Cueva, Licenciado y mediocre.

...¿Eran de graciosa apostura doña Inés y doña Anica, medio-hermanas de doña Leonor, y que perecieron en la inundación de 1541? ¿A cuál de esas hijas amaba más el fiero Adelantado? ... Y la bizarra figura del audaz aventurero, prestigioso como un Borgia, alzábase sobre todos los episodios de la Conquista, con sus cabellos de oro, su fuerte espada, y sus ojos fríos y crueles.

Parado sobre un arco trunco de la antigua catedral, en el campanario de San Francisco, o sobre los magestuosos escombros del templo de la Concepción ¡cuántas veces mi fantasía, con el pavor del águila en la tormenta, no revoló hacia el remoto pasado, pleno de recuerdos caballerescos y de actos sangrientos y brutales! El horrible martirio de los indígenas; las tribus arrasadas por las implacables hordas castellanas; el flamear de las banderas y el ruido de los tambores; el volcán homicida arrojando de su seno sus líquidas trombas oceánicas entre pavorosos estruendos; las eternas intrigas de amor en la real corte de don Pedro; todo desfilaba ante mi espíritu absorto en las grandiosas evocaciones del antaño.

¡Cuánta gloria! ¡Cuánta sangre! ... Y ahora todo yace en taciturnas ruinas... Pero en estas ruinas ¡cuánta enseñanza y qué fastuoso tesoro para la Poesía y para la Historia!

FROYLÁN TURCIOS.



Media noche

(Versión de Armando Vasseur)

He aquí tu hora, alma mía, la hora en que emprensas el vuelo a través del éxtasis sin palabras...

¡Oh! Lejos de los libros, lejos del arte y de las arduas jornadas;

emerges de tu estuche, divinamente silenciosa, maravillada, meditando los eternos y predilectos motivos: la noche, el sueño, la muerte y las estrellas.

WALT WHITMAN.

Notas perdidas

I

¡Bajad a la pobre niña,
bajadla con mano trémula
y con cuidadoso esmero
entre la fosa ponedla,
y arrojad sobre su tumba
fríos puñados de tierra!
¡Aun sobre sus labios rojos
la sonrisa postrimera,
tan joven y tan hermosa
y descansa, helada y yerta,
y está marchito el tesoro
de su dulce adolescencia!

¡Bajad a la pobre niña,
bajadla con mano trémula
y con cuidadoso esmero
entre la fosa ponedla,
y arrojad sobre su tumba
fríos puñados de tierra!

II

¡Cavad ahora otra fosa,
cavadla con mano trémula
de la sonriente niña
del triste sepulcro cerca,
para que lejos del mundo
su sueño postrero duerman
sus recuerdos de cariño
y mis memorias más tiernas!
¡Bajadlos desde mi alma,
bajadlos con mano trémula;
y arrojad sobre su fosa
fríos puñados de tierra!

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.

Incógnita

Pasas ante mis ojos, anegados de ensueño, como una linda serpiente, como una voluptuosa pantera virgen, derramando la sonrisa triunfal de tus labios, donde duerme la más exquisita sensualidad. De tus labios de llama - hechos del más rojo lacre - que muestran la perla de unos dientes finos, denunciadores de mordiscos de dolor y amor.

Así debió de sonreír Cleopatra, en la popa de su maravillosa nave de marfil y seda, al dulce són de las flautas, cuando se deslizaba sobre las aguas del Nilo. - Al dulce són de las flautas griegas, en la gloria de una tarde de oro.

Así debió de sonreír la reina de Sabá, sobre la jiba de su blanco dromedario, en medio del rojo desierto, entre su séquito bárbaro y soberbio, resplandeciente de colores y de armas raras, cuando iba á buscar á Jerusalén las sabias caricias de Salomón.

Así debieron de sonreír las fuertes y avasalladoras beldades, para domar á los capitanes victoriosos, á los conquistadores irritados, á los jefes de las hordas nómadas.

Es la sonrisa de la carne satisfecha de su omnipotencia; la de la hembra en plena juventud y en pleno esplendor; la sonrisa despótica de Eva bajo las ramas del manzano edénico, donde se enroscaba la serpiente simbólica.

Y pasas así— con la sonrisa triunfal de tus labios -envuelta en el viento de armonías que viene del kiosco, donde los músicos soplan furiosamente sus cobres.

Tu mata de cabellos es como un rosal en flor . . . Es como una rama de sauce. Es como un jazmine-ro. ¡Quién pusiera el primer beso en flor en tu mata de cabellos en flor!

Tus cejas, uniéndose y confundiéndose, hechas son con el vello de los ijares de un cabritillo negro, que no ha balado aún siete mañanas. ¡Quién pusiera los dedos sobre tus cejas sombrías, los dedos expertos en la caricia!

Tu boca es sonrosada como un caracol marino. Es fresca como una gruta. Es atrayente como una cosa prohibida. ¡Quién apagara el ardor de su boca en tu boca de rosa!

Tu cuello es como el de una paloma alba, como si fuese de ámbar, como era el cuello de la Cava,

de Ana Bolena, de la princesa de Lamballe. Como el cuello gentil y sutil de la princesa de Lamballe, que osaron tocar las brutales manos del populacho. Cuello de seda, cuello de lirio, cuello único, ceñido por un collar de gotas de sangre. ¡Quién besara tu cuello gentil y sutil como el de la hermosa Cava, amada y adorada del Rey Rodrigo!

JUAN RAMÓN MOLINA.



Invitación

Corta todas las flores:
aspira sus perfumes, jardinero.
Si la vida te ofrece
todas sus galas, todas sus riquezas
¿no has de extender las manos
guiadas por tus miras codiciosas?
¡Deslúmbrate con todos los colores,
no rehuyas el labio a la ambrosía,
embriágate de lumbre,
sacia tu sed y vive! Así lo quiere
el precepto de amor, de amor fecundo
gérmen y fin, potencia de potencias.-
¡Hombre, despierta! Báñate en las fuentes
de juvenil frescura
donde el astro inmortal quiebra sus rayos;
prueba los frutos todos
que Natura te brinda en sus ramajes.
Para tí la esperanza que sonrío
en el valle luciente y en el prado,
en el mar, en las frondas y en los aires,
en la mañana alegre y bulliciosa,
en la tarde serena y en las mismas
noches de plata, madres del ensueño.
Si todo es incentivo a los placeres,
si la madre gentil no esconde avara
sus tesoros de gracia y de belleza,
¿por qué cerrar los ojos al encanto,
por qué no abrir el alma a la alegría
y los labios al beso y la esperanza,
a todo lo que alienta?
¡Jardinero,
corta todas las flores!

A. GHIRALDO.

Canción maternal



HUJO mío, vamos río abajo por la existencia. Nuestras vidas habrán de separarse y nuestro amor se olvidará. ¿Qué te daría yo para que no te fueras?

¡Ay! Pero ¿seré tan tonta que intente comprarte el corazón con regalos?

Tu vida empieza; es largo tu camino; de un sorbo apuras el cariño que te damos, y vuelves a irte corriendo del lado nuestro.

Tienes tus juegos y tus amigos y es natural que se te pase el tiempo sin pensar en nosotros.

¡Nuestra vejez, en cambio, es tan ociosa! ¡Tenemos tantas horas para contar los días que cayeron y para amar en nuestro corazón lo que siempre se fué de nuestras manos! El río alegre rompe todos los diques y se va cantando. La montaña se queda, y lo recuerda y lo sigue con su amor.

Mi canción te envolverá con su música, hijo mío, como los tiernos brazos del amor. Te tocará en la frente cual un beso de bendiciones. Si estás solo, se sentará a tu lado y te hablará al oído; cuando estés entre la gente, te cercará, para alejarte de ella.

Mi canción, cual las dos alas de tus sueños, se llevará tu corazón hasta el fin de lo inefable. Cuando la noche negra se tienda en tu camino, mi canción será sobre tu cabeza como una estrella fiel. Se sentará en las niñas de tus ojos y guiará tu mirar al alma de las cosas.

Cuando mi voz enmudezca con la muerte, mi canción te seguirá hablando en tu corazón vivo.

RABINDRANATH TAGORE.

Geórgica

EL lago parecía un líquido zafiro
entre un estuche verde formado de montañas.
Armonizaba el aire del geórgico retiro
un pájaro cantando sobre las espadañas.

Las vacas, en la margen, bebían una a una
y viendo que en el agua se asomaba la luna
se quedaban mirándola con la pupila quieta
como absortas en hondas visiones de poeta

Nubes en pelotones pasaban a horizonte.
Grandes nubes de plomo.
Y tan siniestras como
si fueran para siempre a amortajar el monte.

Vibró un trueno lejano cual una sacra voz
Después se hizo un silencio tan lleno de grandeza
que las vacas, de pronto, alzaron la cabeza
presintiendo en el aire la vecindad de Dios.

FLAVIO HERRERA.



Placer en la salud

(Traducción de Luis Casanovas)

EL que está a menudo enfermo, no solamente
siente mayor placer en la salud, porque cura a me-
nudo, sino que posee aún un sentido más agudo por
todo lo sano y mórbido, en las obras y en los actos,
ya suyos, ya de los demás. Los escritores enfer-
mizos, por ejemplo,—y casi todos los grandes escri-
tores se encuentran desgraciadamente en este ca-
so poseen generalmente en sus obras un tono de
salud mucho más seguro y más igual, porque com-
prenden, mejor que los robustos, la filosofía de la
salud y la curación del alma. Conocen los maes-
tros que enseñan la salud, la mañana, el sol y las
fuentes de agua pura.

FEDERICO NIETZSCHE.

La muerte de Galo

(Versión de Eugenio de Ochoa)

¿EN qué florestas, en qué bosques os ocultábais, vírgenes náyades, mientras sucumbía Galo a un indigno amor? ¿Por qué no os detuvieron ni las cumbres del Parnaso, ni las del Pindo, ni la fuente de Agamipe Aónida? Los laureles le lloraron; lloráronle también los tamariscos; también le lloró el pinífero Ménalo viéndole yacer tendido al pie de una solitaria peña, y le lloraron las rocas del helado Liceo. Inmóviles están en derredor las ovejas (ni ellas se desdennan de nosotros ni las desdennas tú ¡oh divino poeta! También el hermoso Adonis apacentaba ovejas algún día al margen de los ríos).

Vino el ovejero, vinieron los tardos boyeros y Menalca, todo empapado de recolectar la bellota inverniza. Todos preguntan «¿De dónde nace ese fatal amor?» Vino Apolo y te dijo «¿Oh Galo! ¿Cuál locura es la tuya? Lícoris, tus amores, va siguiendo a otro por entre las nieves, y los horribles campamentos.» Vino también Silvano ceñida la sien de agreste guirnalda, sacudiendo floridas espadañas y grandes azucenas. Vino luego Pan, el dios de la Arcadia, al que vemos pintado con las rojas bayas del yezgo y con bermellón. «¿Acabará esto?—dijo. El amor no se cura de tus quejas; el cruel amor no se harta de lágrimas, ni de agua las yerbas, ni de cantueso las abejas, ni de ramaje las cabras.»

P. VIRGILIO MARONIS.



Abril

ABRIL triste, abril risueño,
hila tu lino sonoro
en una rueca de ensueño.
Tuya es el agua de oro,
tuyo el pájaro que parla
y tuyo el árbol cantor:
bebe el agua, ve a la charla,
y oye el árbol—ruiseñor.

R. BLANCO FOMBONA.



La Muerte recién nacida

HOY la Muerte me parece un -chicuelo, cuya madre, la vida fatigada, me ha puesto en las rodillas, para que se convierta en mi amigo y jugueteé conmigo.

Si únicamente mi corazón pudiera ser seducido al no encontrar terror ninguno en un rostro tan dulce como el suyo - únicamente mi corazón fatigado pudiera encontrar lácteos ojos de recién nacida ¡oh Muerte! antes de toda desavenencia, reconciliados por cuanto tiempo ¡oh Muerte! ¿Y ya quieren separarse tus pasos, pequeñuela como eres ¡oh Muerte! de los míos?

¿Dónde vas a vivir, donde discurrirá tu crecimiento, hija caritativa de mi corazón, hasta el día en que finalmente aguarde yo en la ribera la pálida onda que sabe lo que tú eres y en dónde calmaré yo mi sed en el hueco de tu mano?

DANTE GABRIEL ROSSETI.



El enmascarado

¿**P**RESENTES que más tarde cuando ya se precisa la gran visión del Término, tu mente contristada va a hallar al fin el santo secreto de la risa?
¿Qué encontrarás el todo no teniendo ya nada?

¿Que con la clara lente de tu humildad sincera vas a estimar precioso lo menor de la vida y a calibrar las cosas ya muy de otra manera, adivinando en todas la excelencia escondida?

Razonas bien: no hay dicha como no tener nada, como no buscar nada, porque toda riqueza la llevamos nosotros en la veta ignorada que, al cavar de los años, a relucir empieza.

Míneros excelentes son los años, famoso buzo el Tiempo, que a fuerza de ahondar en la mejor de las almas, tropieza con un sér misterioso: con el enmascarado sutil y silencioso, que, tras su negra máscara, sonríe en tu interior....

AMADO NERVO.

Última lumbre

DÉJAME oír tu pífanø sonoro,
rústico labrador de la alquería,
mientras veo en la vega lejanía
flotar un lampo de escarlata y oro.

Cantan los vientos en solemne coro
su vibrante, errabunda melodía,
y dice adiós al moribundo día
en la arboleda el pájaro canoro.

Pláceme ver la gloria del ocaso
cuando la noche, con doliente calma,
va desplegando su cendal de raso.

Cuando la última luz apenas arde
y llora en lo recóndito de mi alma
la profunda tristeza de la tarde.



Canción remota

BAJO la luminosa pedrería
del impasible cielo de verano
con la nostalgia de un dolor lejano
sentí el anhelo de la muerte fría.

Ella dijo su leve melodía
en mi desierto corazón arcano
y la ténue caricia de su mano
me embriagó de dolor y poesía.

Fué en una noche cálida de junio
—al fulgor de un dorado plenilunio—
que escuché la canción de la sirena.

Ni amé su ritmo, ni turbó mi calma;
pero en las horas tristes, en mi alma
su melodía fúnebre resuena.

FROYLÁN TURCIOS.

Sabiduría de la humanidad

(Traducción de Pedro Márquez)



EN todos los grandes poetas hay una sabiduría de la humanidad superior a los talentos en ejercicio, cualesquiera que sean estos talentos. El autor, el hombre de ingenio, el hombre político, el gran señor, no hacen las veces del *hombre*. *El hombre*, la humanidad, brillan en Homero, Chancer, Spencer, Shakespeare, Milton, que se reducen a ser verdaderos y a servirse del modo positivo.

Estos genios son poetas por el libre curso en que dejan al alma reveladora que a través de sus ojos recibe y bendice la cosa que ha creado. El alma es superior al conocimiento que puede tenerse de ella y más sabia que ninguna de sus propias obras. El gran poeta nos hace sentir nuestro propio valor, y entonces pensamos menos en sus composiciones. La cosa mejor que nos enseña es el desdén que adquirimos por lo que hizo. Shakespeare nos transporta en una corriente de tan inteligente actividad que nos sugiere la idea de una riqueza a cuyo lado la suya es pobre; y entonces sentimos que la obra espléndida creada por él, la obra que en otros momentos elevamos a la altura de una poesía que existe por sí misma, no pertenece más profundamente a la naturaleza real de las cosas que la sombra fugitiva del caminante sobre la roca. La inspiración que encontró su expresión en Lear y Hamlet podría producir cosas tan bellas todos los días durante una eternidad. ¿Por qué dar, pues, tanta importancia a Hamlet y a Lear, como si nouviésemos el alma de la cual brotaron como sílabas de la boca?

R. W. EMERSON.



A Apolo

MI verso es verso llano
en que suena la voz y en que el acento
del hombre se hace oír y el eco humano.

Apresurado o lento,
como de un río la sonante plata
cuyo espejo retrata.

Gentes, bosques, viviendas y animales,
árboles, rocas, vida y movimiento,
corre en libres raudales,
llevando al par, idea y sentimiento.

Como lo debo sólo
al rubio Apolo, y porque en mí no fuera
propio que elogios propios escribiera,
son estos versos en loor a Apolo.

FRANCISCO GAVIDIA.

Día de fiesta

Un cielo gris. Morados estandartes
con escudos de oro; vibraciones
de altas campanas; báquicas canciones;
palmas verdes ondeando en todas partes.

Banderas tremolando en los baluartes;
figuras femeninas en balcones;
estampido cercano de cañones;
gentes que lucran por diversas artes.

Mas ¡ay! mientras la turba se divierte
y se agita en ruidoso movimiento
como un mar de embravecidas olas,

circula por mi ser frío de muerte
y en lo interior del alma sólo siento
ansia infinita de llorar a solas.

JULIÁN DEL CASAL.

Las peonías

(Versión de R. Sempau)

41



EN las suaves pendientes se descogía la suntuosa alfombra de las peonías arborescentes en medio de aspéru-las olorosas y crucianelas rosadas, del rosa tenue de la seda vieja, sembradas a modo de césped. Junto a nosotros las había aisladas, que nos tendían sus grandes cálices rojos, negros, cobrizos, anaranjados, purpúreos. Otras, idealmente puras, ofrecían los más virginales matices del rosa y del blanco. Reunidas en ondeantes grupos, o solitarias al borde de la alameda, pensativas al pie de los árboles, enamoradas en torno a los quincunces, las peonías eran verdaderamente las hadas, las reinas milagrosas de aquel milagroso jardín.

...Su brillante procesión subía a los oteros, a cuyo alrededor se levantan, se cruzan, se entretienen las alamedas y las sendas franjeadas de pequeños boneteros argénteos y de aligustres que forman setos vivos.

...En los espacios libres, peonías inimitables, que figuraban bolas en el extremo de los altos tallos desnudos, ocupaban cajas cuadradas. Y la cima se coronaba de matas espesas, de libres matorrales de la planta sagrada, cuyo florecimiento, tan efímero en Europa, ocurre aquí durante todas las estaciones. Y a mi derecha, a mi izquierda, próximas a mí, o perdidas en la lejanía, divisé peonías, nada más que peonías y peonías...

OCTAVIO MIRBEAU.



El espejo

(Versión de Eusebio Heras)

Un hombre espantoso entra y se mira en el espejo.

—¿Por qué se mira usted, si no ha de poder verse sino con disgusto?

El espantoso sér me responde:

—Caballero: según los inmortales principios del 89 todos los hombres son iguales en derechos; luego poseo el de mirarme, con gusto o con disgusto, eso no atañe más que a mi conciencia.

En nombre del buen sentido, yo tenía indudablemente razón. Pero, desde el punto de vista de la ley, él no era culpable.

CARLOS BAUDELAIRE.



Ilusión marina

Sobre la limpia arena, en el tartesio llano
por donde acaba España y sigue el mar,
hay dos hombres que apoyan la cabeza en la mano;
uno duerme y el otro parece meditar.

El uno, en la mañana de tibia primavera,
junto a la mar tranquila,
ha puesto entre sus ojos y el mar que reverbera,
los párpados, que borran el mar en la pupila.
Y se ha dormido y sueña con el pastor Proteo
que sabe los rebaños del marino guardar;
y sueña que le llaman las hijas de Nereo,
y ha oído los caballos de Poseidón hablar.
El otro mira al agua. Su pensamiento flota,
hijo del mar, navega, - o se pone a volar.
Su pensamiento tiene un vuelo de gaviota,
que ha visto un pez de plata en el agua saltar.
Y piensa: *Es esta vida una ilusión marina
de un pescador que un día ya no puede pescar.*
El soñador ha visto que la mar se ilumina,
y sueña que es la muerte una ilusión del mar.

ANTONIO MACHADO.

La Poesía

La Poesía tiene esto de divino: se escapa, sea por su esencia, sea por sus manifestaciones, a las doradas mentiras de las exhibiciones y de los museos. Se entiende o no se entiende: es cuestión de sordera o de clara audición espiritual; pero no se puede separar de la vida interior, de la que es su expresión musical, para estamparla muerta en el muro de una galería. Por lo tanto, inmovilizada en el lenguaje humano participa en una cierta medida de sus enfermedades, de la que la mayor es ser multiforme, lo que limita su poder desde el doble punto de vista de la expresión y de la transmisión universales. Los mejores versos son tan sólo un débil eco de las armonías que perciben los poetas:

CARLOS GROLLEAU.



Luis II de Baviera

(Versión de Tomás Orta Ramos)



EL crepúsculo de los reyes es todo ceniciento, ciego de tanto esplendor. Dirigid la mirada más allá de los países latinos. A la sombra de tronos postizos veréis falsos monarcas desempeñar con exactitud sus funciones públicas, con aspecto de autómatas, o atender al cultivo de sus manías pueriles y sus vicios mediocres. El más potente, el señor de más vastas turbas, corroído en sus músculos hercúleos por el tósigo de la sospecha, se consume solo en una profunda misantropía, no teniendo ni siquiera el gusto de oponer a las pequeñas fórmulas químicas de sus rebeldes, un magnífico estrago al arma blanca para regar y abonar sus tierras esterilizadas. Existe, sin embargo, un alma verdaderamente real y vos tal vez háyais podido observarla de cerca; es de la estirpe

de María Sofía. Aquel Wittelsbach me atrae por la inmensidad de su orgullo y de su tristeza. Sus fuerzas por conformar su vida a su sueño tienen una violencia desesperada. Cualquier contacto humano lo hace estremecer de disgusto o de cólera; cualquiera alegría le parece vil, si no es la que él mismo imagina. Inmune a todo tósigo de amor, hostil a todos los intrusos, por muchos años no se ha comunicado sino con los fúlgidos héroes que un creador de belleza le ha dado para acompañarle a las regiones supraterrrestres. En el más profundo río musical extingue su sed angustiada de lo divino y después asciende a su morada solitaria, donde sobre el misterio de las montañas y de los lagos, su espíritu crea el inviolable reino en que solo quiere reinar. Por este sentimiento infinito de la soledad, por esta facultad de poder respirar sobre las más altas y más desiertas cimas, por este conocimiento de ser único e intangible en la vida, Luis de Baviera es verdaderamente un Rey; pero rey de sí mismo y de su sueño. Es incapaz de imprimir su voluntad sobre las multitudes y de curvarlas bajo el yugo de su Idea; es incapaz de reducir a acto su potencia interior. Al mismo tiempo aparece sublime y pueril. Cuando sus bávaros se batían con los prusianos, él se hallaba bien lejos del campo de batalla: escondido en uno de sus islotes lacustres, olvidaba la vergüenza bajo una de aquellos ridículos revestimientos que suele usar para favorecer sus bellas ilusiones....

....Es increíble que no haya ya desaparecido del mundo, llevado en pos de sus quimeras.

GABRIEL D' ANNUNZIO.



Hamlet y don Quijote

(FRAGMENTO)

(Traducción de Torcuato Tasso Serra)

... **N**O hemos de mostrarnos excesivamente severos con Hamlet. Padece, y sus padecimientos son más dolorosos y más punzantes que los de don Quijote. Si al hidalgo manchego, después de haber libertado a algunos cautivos, éstos lo maltratan, y groseros pastores lo aporrean a porfía, Hamlet se maltrata a sí mismo y se desgarrá; también él empuña una espada, la espada de dos filos del análisis.

Hay que convenir en que don Quijote es ridículo; su figura es quizá la más cómica de cuantas han inventado los poetas. Su nombre se ha hecho un apodo divertido hasta en boca del mujick y evoca en todo el mundo la imagen de un personaje amojamado, huesudo, de nariz corva, envarado en su coraza, verdadera caricatura del caballero, y montado en un esqueleto de caballo, en el desgraciado Rocinante, siempre maltratado, siempre hambriento, y por el cual no puede uno menos de sentir una como compasión entre divertida y sincera.

Sí, don Quijote mueve a risa, pero a risa que integra una virtud conciliadora, una expiación. Si encierra una verdad el dicho: *te ríes de aquel a quien servirás*, puede añadirse: *Cuando te ríes de alguien, ya lo has perdonado, y aun estás a dos dedos de quererlo.*

La figura de Hamlet, al contrario, es atractiva; su melancolía, su palidez y su ligera gordura predisponen a su favor. Su traje de terciopelo negro, la pluma de su sombrero, su finura, su elocuencia y el sentimiento constante de su superioridad que se trasluce en su lenguaje a pesar de sus esfuerzos en humillarse: todo en él nos halaga y nos cautiva. No hay quien no se lisonjée de que le comparen con Hamlet, y nadie aspira a que le califiquen de don Quijote.

IVÁN TOURGUENEFF.

Canto de la angustia

VO andaba solo y callado
porque tú te hallabas lejos;
y aquella noche
te estaba escribiendo,
cuando por la casa desolada
arrastró el horror su trazo siniestro.
Brotó la idea, ciertamente,
de los sombríos objetos:
el piano,
el tintero,
la borra de café en la taza,
y mi traje negro.
Sutil como las alas del perfume
vino tu recuerdo,
tus ojos de joven cordial y triste,
tus cabellos,
como un largo y suave pájaro
de silencio.
(Los cabellos que resisten a la muerte
con la vida de la seda, en tanto misterio),
tu boca donde suspira
la sombra interior habitada por los sueños,
tu garganta,
donde veo
palpitar como un sollozo de sangre,
la lenta vida en que te meces durmiendo.
Un vientecillo desolado,
más que soplar, tiritaba en sople ligero.
Y entretanto
el silencio,
como una blanda y suspirante lluvia,
caía lento.
Caía de la inmensidad,
inmemorial y eterno.
Adivinábase afuera
un cielo,
peor que oscuro:
un angustioso cielo ceniciento.
I de pronto, desde la puerta cerrada
me dió en la nuca un sople trémulo.

Y conocí que era la cosa mala
de las casas solas, y miré el blanco techo,
diciéndome: *Es una absurda
superstición, un ridículo miedo.*
I miré la pared impávida,
y noté que afuera había parado el viento.
¡Oh, aquel desamparo exterior y enorme
del silencio,
aquel egoísmo de puertas cerradas
que sentía en todo el pueblo!
Solamente no me atrevía
a mirar hacia atrás, aunque estaba cierto
de que no había nadie; pero nunca,
¡oh! nunca habría mirado de miedo,
del miedo horroroso
de quedarme muerto.
Poco a poco en vegetante
pululación de escalofrío eléctrico,
erizáronse en mi cabeza
los cabellos:
uno a uno los sentía,
y aquella vida extraña era otro tormento.
Y contemplaban mis manos
sobre la mesa. ¡qué extraordinarios miembros!
mis manos tan pálidas, manos de muerto.
Y noté que no sentía
mi corazón desde hacía mucho tiempo,
y sentí que te perdía para siempre,
con la horrible certidumbre de estar despierto.
Y grité tu nombre
con un grito interno,
con una voz extraña
que no era la mía, y que estaba muy lejos.
I entonces, en aquel grito,
sentí que mi corazón muy adentro,
como un racimo de lágrimas
se deshacía en un llanto benéfico,
y que era el dolor de tu ausencia
lo que había soñado despierto.

LEOPOLDO LUGONES.



La garza real

LA garza tropical de la ribera
cual magnolia en las linfas se retrata;
y afirma sobre el fango un pie escarlata,
que finge un sello sobre blanda cera.

Es a modo de un ánfora ligera,
pulido cofre de viviente plata:
dos abanicos trémulos desata
cual si fuesen dos hojas de palmera.

Siempre en un pie y ya muerta, ese bohío
entonces dejará donde ha anidado
y, al fin, diseca, habitará una alcoba;

y en vez de verse en el cristal del río
se verá en un espejo biselado
encima de un ropero de caoba.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Elegía de otoño

¡Oh la melancolía de las últimas rosas
del jardín escondido
entre los altos muros, y el adiós de las cosas,
de las cosas sin alma, que fueron, y se han ido!

¡Oh la melancolía del ramaje frondoso,
de murmullos suaves,
a cuya sombra augusta hallé paz y reposo
al rumor de las hojas y al cantar de las aves!

Mañana de su fronda despojado y escueto,
rígido, en crispatura
de plegaría o de ira, sus brazos de esqueleto
el árbol retorcido levantará a la altura....

El dolor será breve:
vendrán las nuevas hojas tras las noches de nieve
con otras alegrías,
nuevas meditaciones y nuevas armonías....
¡ ¡qué importa que vengan si no han de ser las mías!

FRANCISCO A. DE ICAZA.

Ma fenetre etait...

(Traducción de E. Díez (quedo))

Un soplo de aire, dulce de perfumes del huerto,
de súbito al entrar mató mi luz. Cubierto
de sombras, me hallé solo con un ensueño, aislado.
Latía mi reloj, breve y precipitado,
sobre el hondo latir de mi corazón vivo
Yo escuchaba, el rumor múltiple y pensativo
que sube del nocturno sueño de la ciudad.
Sútiles los oídos son en la obscuridad,
y las almas se embriagan en su seno sombrío
con el suave misterio de las noches de estío.
Yo aspiraba el aroma de las tierras fragantes,
la solitaria paz; y tras unos instantes
en que muerta la brisa familiar se creyera,
sentía estremecerse todo el silencio fuera;
de pronto, propagándose lo mismo que una onda,
un suspiro alentaba, grande, de fronda en fronda.
Para el hombre interior, toda cosa mortal
tiene escondido un grave sentido espiritual.
Hoy vuelvo a recordar los pasados momentos
en que así, entre las sombras mecí mis pensamientos,
y, anheloso tal vez por mi propio destino,
pensando en vuestro fin ¡oh llamas!, imagino
que, al cogeros la noche, vuestra muerte refleja
una imagen del cuerpo cuando el alma lo deja...

CHARLES GUERIN.



Nuestro idioma

Hallo más dulce el habla castellana
que la quietud de la nativa aldea,
más deleitosa que la miel hiblea,
más flexible que espada toledana.

Quiérela el corazón como una hermana,
desde que en el hogar se balucea,
porque está vinculada con la idea,
como la luz del sol a la mañana.

De la música tiene la armonía,
de la irascible tempestad el grito;
del mar el eco, y el fulgor del día;

la hermosa consistencia del granito,
de los claustros la sacra poesía
y la vasta amplitud del infinito.

B. BYRNE.

Alma venturosa

Al promediar la tarde de aquel día,
cuándo iba mi habitual adiós a darte,
fué una vaga congoja de dejarte
lo que me hizo saber que te quería.

Tu alma, sin comprenderlo, ya sabía . . .
Con tu rubor me ilusionó al hablarte,
y al separarnos, te pusiste aparte
del grupo, amedrentada todavía.

Fué silencio y temblor nuestra sorpresa;
mas ya la plenitud de la promesa
nos infundía un júbilo tan blando,

que nuestros labios suspiraron quedos,
y tu alma estremeciase en tus dedos
como si se estuviera deshojando . . .

LEOPOLDO LUGONES.



Sumarios de ESFINGE

NUMERO 32

Plegaria, Ernesto Renán.—*Dreamland*, Edgard Allan Poe.—*El lecho*, José María de Heredia.—*Días de otoño*, Paul Bourget.—*Las manos*, Gabriel D'Annunzio.—*Meditación del Petrarca*, Gustavo Flaubert.—*Villancico*,—*La camisa de Xantho*, Eugenio de Castro.—*Soledad*,—*La noche*, Franz Toussaint.—*Velando a Clara*,—*Dentro*, Juan R. Jiménez.—*Del veír sin cuidados*, Anacreonte.—*Medusa*, Leopoldo Díaz.—*Agua muerta*,—*Los pinares*, Froylán Turcios.—*Última rima*, Ollido Guerrini.—*La sirena*, Oscar Wilde.—*Jardín público*, Emilio Carrere.—*Anhelo florido*, Alfonso Guillén Zelaya.—*Alma en pena*, Hellen Huntington.—*¡Ven!*, Andrés Mata.—*El hogar*, Rabindranath Tagore.—*Meditación*, Ricardo Jaimes Freyre.—*Ven, entre los árboles*, Meleagro.—*El quintos*, Juan Federico Schiller.—*Sentieritos de mayo*, Lino Argüello.—*En un parque*, Luis Rosado Vega.—*Madrigal*, Leopoldo de la Rosa.—*La mujer verdadera*, Dante Gabriel Rosseti.—*A una mujer vulgar*, Safo.—*Sumarios de ESFINGE*.

NUMERO 33

Los cascabeles del bufón, Enrique Heine.—*El año del Domingo de Ramos*, Francis Jammes.—*Pasa la nave mía*, Josué Carducci.—*Canto LII*, Olibo Guerrini.—*El Polo Norte*, Juan Ramón Molina.—*Monólogo de Pierrot*, Ramón del Valle-Inclán.—*Los granos oscuros*, Juan María Guvau.—*El secreto sorprendido*, Pierre Lotys.—*Mujer blanca*, Leopoldo de la Rosa.—*La parent de ancianos*, Jules Renard.—*Prestigio*, Eugenio de Castro.—*Regreso al anochecer*, Pedro Mastrí.—*Supremo diálogo*, Mauricio Maeterlinck.—*Paz rompedora*,—*La atorada*, Froylán Turcios.—*Meditación silenciosa*, Dante Gabriel Rosseti.—*A Froylán Turcios (en su álbum)*, Rómulo F. Durón.—*Mientras es primavera*, F. Carrere.—*La mujer vestida de cereb*, Jean Lorrain.—*El amor errante*, Ramón Ortega.—*Salutación*, Paul Verlaine.—*Perfuma erótico*, Carlos Baudelaire.—*Hay tantas cosas bonitas*, . . . Anatole France.—*Última antología*, José de Diego.—*Nocturno*, Leopoldo Lugones.—*Diciena impictual*, Miguel Rasch Isla.—*El poema de Monastir*, Daniel Milosavljevič.—*Ectasis*, Amado Nervo.